

UN COLOMBIANO TRIUNFA EN YUCATÁN

Darío Valencia Restrepo

Con cerca de 200.000 kilómetros cuadrados de extensión y unos 1.100 kilómetros de costa, la gran península de Yucatán limita por el este con el mar caribe y con sus costados oeste y norte contribuye al contorno del golfo de México. Su relativo aislamiento del centro de este país duró hasta el siglo pasado, al punto que entre 1839 y 1843 fue independiente de México y con posterioridad ocurrieron dos levantamientos indios de carácter separatista. Lo anterior, sumado a una posición privilegiada con numerosos puertos, explica que los habitantes de la península tuvieran en ese período más relación con Europa que con su propio país y que recibieran influencias, en especial musicales, de países como Cuba y Colombia.

La mencionada península comprende los estados mexicanos de Yucatán, Quintana Roo, en donde se encuentra el balneario de Cancún, y Campeche, además de significativas partes de Guatemala y Belice. En las tierras planas, bajas y semidesérticas del norte, conformadas por una enorme plataforma de piedra caliza, se desarrollaron importantes ciudades de la gran civilización maya como Chichén Itzá, Uxmal y Tulum. En la actualidad, el epicentro de aquellas tierras lo constituye Mérida, una ciudad señorial y de tradición cultural, a la cual acuden habitantes de diversas partes en busca de servicios médicos, educacionales y comerciales.

Dos momentos significativos muestran la presencia colombiana en Yucatán. Hacia principios del siglo XX, el bambuco colombiano fue llevado a países de Centroamérica y el Caribe por el bien reconocido Pelón Santamarta, gracias a las giras artísticas del dueto Pelón y Marín, pero fue en Yucatán donde tuvo la mayor acogida pues allí dio origen a un bambuco yucateco con características propias y hoy parte de su folclor. En efecto, el 24 de julio de 1908 el dueto causó verdadera sensación al iniciar su primera presentación en un teatro de Mérida con el bambuco El enterrador.

Así mismo, hacia mediados del mismo siglo XX, el escultor colombiano Rómulo Rozo se radica largos años en Mérida y deja allí su huella en el Monumento a la Bandera, impresionante escultura en piedra con bajorrelieves que narran la historia de México desde la colonia hasta la revolución; y en el Parque de las Américas, unas áreas verdes en las que se yerguen estelas, o especies de columnas grabadas, dedicadas a cada uno de los países del continente. Todo ello con un acento nacionalista y moderno que rinde tributo a las raíces precolombinas.

La anterior introducción para destacar luego la labor que cumple desde hace más de dos años el colombiano Juan Felipe Molano al frente de la Orquesta Sinfónica de Yucatán. Se trata de un joven director de orquesta que estudió seis años en la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia, entre cuyos profesores contó con la certera orientación del distinguido maestro Arnaldo García, y que posteriormente después de otros cinco años obtuvo con honores el título de posgrado en dirección de orquesta por parte del famoso Conservatorio de la Ciudad de Viena. Para dar una idea de sus dotes musicales, bastaría

decir que en el concierto de grado, con la Orquesta Sinfónica de la Radio Eslovaca, dirigió la difícil partitura orquestal de la suite El mandarín milagroso, de Bela Bartok.

Al ser escogido Molano por el Instituto de Cultura de Yucatán, encuentra en Mérida una orquesta de cámara compuesta por unos 20 integrantes y recibe el encargo de conformar una orquesta sinfónica con el apoyo financiero principal de dicho organismo y el subsidiario de un patronato privado. Ha logrado plenamente esa meta pues en la actualidad dirige con acierto una plantilla de unos 65 intérpretes provenientes de más de 15 países. La crítica de Mérida y de la ciudad de México, en especial la reconocida revista Proceso, ha destacado la calidad alcanzada por la agrupación, y así lo confirma la labor que se esbozará a continuación.

La orquesta presenta unos 65 conciertos por año, sin que se haya repetido prácticamente ninguna obra. Como política de la dirección, se ha contribuido al rescate de compositores yucatecos, al estreno de obras de otros compositores mexicanos y a la divulgación de autores latinoamericanos, colombianos en especial. Con la orquesta se han presentado figuras de talla mundial como Alicia Alonso, con el Ballet Nacional de Cuba, y Plácido Domingo. Se han representado las óperas Elíxir de Amor, de Donizetti, y Bastián y Bastiana, de Mozart, y en mayo se llevará a la escena Rigoletto, de Verdi.

Una programación muy diversa ha contribuido a un mayor acercamiento con el público. En efecto, amén de obras del repertorio clásico mundial (como las que presencié este cronista de ocasión en la denominada Gala Rusa: El vuelo del moscardón, de Rimsky-Korsakof, Concierto para violín y orquesta No. 1, de Prokofiev, y Sinfonía No. 4, de Chaicovsqui), las temporadas semestrales han incluido conciertos didácticos, presentaciones para niños, colaboraciones con teatro y danza, empleo de multimedios, arreglos de música folclórica y popular, bandas sonoras del cine...

Aunque Juan Felipe Molano ha sido invitado a dirigir la Orquesta Sinfónica de Colombia, varias veces la Filarmónica de Bogotá y la Banda Sinfónica Nacional, amén de haber sido director asociado de la Orquesta de Cámara de Caldas, debió buscar otros horizontes para desarrollar plenamente sus capacidades. Que ello haya ocurrido en las tierras hermanas de México, tan cercanas a Colombia por múltiples aspectos, es un motivo de orgullo para nuestro país.

Periódico El Mundo
Medellín, Colombia, 25 de abril de 2006